

La obra de María Isabel Ballesteros ofrece también acertadas apreciaciones generales sobre la índole del teatro de la época (la concepción neoclásica de un teatro de costumbres sociales, pero no dispuesto a destapar los vicios por temor a convertirse en mal ejemplo para los espectadores) o sobre la estrecha vinculación del teatro de Bretón con el mundo teatral del momento que se manifiesta, entre otras, en su condición “económica” (un teatro escrito para ser representado con sencillez de medios, para evitar dispendios a las empresas), y en la importancia dada a actores y actrices determinados a la hora de concebir algunas de las obras (de modo singular, Concepción Rodríguez, Joaquín Caprara, Carlos Latorre, Julián Romea, Matilde Díez o Antonio Guzmán). También tiene su interés (aunque pueda ser más discutible, en ocasiones), la sugerencia de lectura política, más o menos entre líneas, de algunas de las obras de Bretón, como *La redacción de un periódico*, *Medidas extraordinarias*, *El hombre pacífico*, *Flaquezas ministeriales*, *El qué dirán y el ¿qué se me da a mí?*, *Un día de campo* o *No ganamos para sustos*.

Esta indagación de Ballesteros se asienta con solidez en un conocimiento prácticamente exhaustivo de la bibliografía bretoniana y en el uso selecto de la que añade al teatro y la vida teatral del XIX en varias facetas, en algunas de las cuales (como el espacio teatral o el carlismo), la autora ya había hecho aportaciones importantes. Es de destacar respecto a la bibliografía utilizada la generosidad de la autora para poner de relieve los aspectos más acertados de aquellos textos que trae a colación. A este conocimiento bibliográfico, la autora suma lo cosechado en una pesquisa hemerográfica ingente que le permite tratar cada uno de los aspectos que presenta con una gran y atractiva riqueza informativa.

No cabe duda de que, al igual que ocurrió con la obra de Pau Miret, *Las ideas teatrales de Bretón de los Herreros* (Logroño, I.E.R., 2004), en aspectos sustantivos de poética teatral, ésta de María Isabel Ballesteros hace crecer el conocimiento de la obra y figura de Bretón en lo relativo a varias facetas sustantivas de la vida escénica de la época, lo que sin duda ninguna contribuye a resituar y redimensionar de forma adecuada la aportación de este autor.

MIGUEL ÁNGEL MURO
UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

Alda Blanco. *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*. Valencia. Universitat de València. 2012. 168 páginas.

Alda Blanco es catedrática de literatura española en la Universidad de San Diego (California) y crítica cultural reconocida; tiene en su haber numerosas publicaciones de marcado cuño científico-cultural, por lo que merece el doble calificativo de crítica literaria y crítica cultural. Ello es así porque entiende su quehacer idóneo para la comprensión y la exégesis –endocrítica y exocrítica– de discursos, acontecimientos y circunstancias que se cruzan o interfieren, se funden o confluyen en textos, eventos y estructuras culturales de momentos, etapas o períodos concretos. El volumen que valoro estudia, como se desprende del título, representaciones de la conciencia imperial en la España decimonónica, figuraciones y configuraciones de una nación en la que el concepto de imperio estaba aún muy presente en el imaginario cultural y político de un porcentaje alto de la población, en el que figuraban también los españoles que se sabían llamados, si la ocasión se daba, a incorporarse en las filas de los que Neruda llamaría muchos años después “emigrantes del último barco”.

Objetivo capital de la estudiosa es mostrar que todavía en la España de finales del siglo XIX –e.d., en vísperas de la independencia de las últimas colonias– estaba muy presente la conciencia de un pasado imperial, y que el concepto de nación se había colmado de trascendencia durante los conflictos con la Francia de finales del siglo XVIII. Es más: esa concepción no se limitaba a la geografía peninsular: “España” seguía siendo un imperio, pese a que –desde comienzos del siglo XIX– la mayoría de las posesiones coloniales o “provincias” de ultramar luchaban por la independencia. Un imperio que, reducido en mucho tras la derrota de Ayacucho, seguía aún presente en el sentir de la mayoría de los habitantes de las ciudades españolas y de las urbes de las colonias. Cabe añadir que, como correspondía a una época de “fin de siglo”, ese sentimiento crecía a ojos vista, debido a las connotaciones de crisis que el concepto encarnaba. Por lo demás, la autora explora asimismo textos, discursos, eventos y prácticas culturales que testimonian e ilustran la presencia de una identidad y una conciencia imperial en las primeras décadas después de las descolonizaciones de 1824. Conciencia imperial que volvería a manifestarse décadas después en las guerras coloniales en África (1859), en la anexión de Santo Domingo (1861), en la invasión de Méjico –en expedición compartida con Francia (1861)–, en la declaración de la guerra a Chile y Perú (1865) y en la participación (también con Francia) en la conquista de Cochinchina.

Entre las bondades de la monografía de Alda Blanco figura la aplicación de paradigmas interpretativos novedosos a la conciencia imperialista como atributo sustancial de la identidad nacional. Novedosos y en parte inéditos, puesto que, aunque sus acercamientos metodológicos se apoyen en teóricos reconocidos (Said, Spurr, Hobsbawn son los más prestigiosos¹), los aplica desde un convencimiento: el imperio es también, además de político y económico, un fenómeno cultural, especialmente perceptible en las culturas metropolitanas. De más está decir que la historiografía apenas ha estudiado el asunto, pese a la inmensa y variadísima documentación existente en un “corpus” sumamente heterogéneo, al que Carolyn Steedman² ha dado nombre en una espléndida monografía al hilo de una sinécdoque abarcadora: “archivo imperial”, concepto nuevo que podría ceñirse aún más a la esencia y estar en mayor sintonía con los contenidos en un sintagma más amplio en el que figuran ambos términos en forma de sustantivos, aunque acompañados de los adjetivos que la realidad histórica pida como propios. Por ejemplo, “Archivos culturales de los imperios europeos”, rótulo en el que hallaría su lugar cada uno de los textos³, objetos, eventos y prácticas

¹ Aludo sobre todo a *Cultura e imperialismo* (de Edward W. Said), *The Rethoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration* (de David Spurr) y *La era del imperio 1875-1914* (de Eric J. Hobsbawn).

² Carolyn Steedman: *Dust: The Archive and Cultural History*, New Brunswick, N.Y: Rutgers University Press, 2002.

³ Textos en el sentido amplio del término. Es decir, desde textos estrictamente literarios a libros de viaje; de los decretos reales a los ensayos de carácter jurídico y económicos; desde los estudios antropológicos y lingüísticos a los catálogos de las exposiciones mundiales; de los manuales de estrategias de producciones culturales a los diccionarios bilingües, tan abundantes y significativos; desde el vocabulario español-náhuatl del padre Alonso de Molina –que fue el primer diccionario bilingüe de las Américas, del que se ha realizado una edición filológica en 2010 (Augusta López Bernasocchi – Manuel Galeote: *Tesoro castellano del primer diccionario de América. Lemas y concordancias del vocabulario español-náhuatl (1555) de Alonso de Molina*, Madrid: Verbum)– hasta las guías religiosas y recomendaciones a confesores, etcétera.

culturales de los varios imperios europeos desde casi finales del siglo XVIII hasta los comienzos del XX.

En esas coordenadas se mueve y prospera el ensayo de Alda Blanco: en el estudio de la textualización de la incalculable fortuna cultural del imperio español al hilo de la cultura metropolitana durante un período de tiempo de casi un siglo: desde el comienzo de las guerras de la descolonización de la América hispana hasta la segunda década del siglo XX. Cinco son los capítulos que integran el estudio, seminal y pionero a la vez.

El primero analiza varios textos y crónicas sobre la guerra de África⁴ aparecidos en periódicos y revistas al final de la contienda. Y también estudia media docena de obras de teatro sobre la sangrienta intervención en Marruecos, examina libros de memorias (las de Emilio Castelar son especialmente fructíferas), algunas obras narrativas menores y los ensayos recientes más significativos⁵. En el segundo capítulo, la autora lleva a cabo una espléndida exégesis endocrítica de un evento de capital relevancia cultural –la Exposición General de Madrid (1887) sobre las Islas Filipinas –, que Blanco interpreta *in toto* y en clave cultural, es decir, cual narración que entraña tópicos y estereotipos o prejuicios del imaginario colonialista de los visitantes o espectadores, que se sentían confirmados en su conciencia imperial frente a lugares de memoria que plasmaban en filigrana palimpsestos del presente.

Los capítulos III y IV versan sobre variaciones de aspectos de un mismo acontecimiento: la conmemoración del IV Centenario de la llegada del Almirante genovés a tierras americanas, sin olvidar (como era el caso en los preparativos del mismo Centenario en los Estados Unidos, Italia y otros países) que había sido una empresa realizada con el sostén económico de la corte de Castilla y alentada por la reina Isabel. Alda Blanco analiza con minuciosidad y maestría los principales congresos y eventos culturales organizados en diversas ciudades españolas sobre literatura hispanoamericana; y valora las sesiones de trabajo de los representantes de las repúblicas hispanoamericanas en la comisión de “Filología” y sus desacuerdos en torno a un asunto que, mucho después, Carlos Rama llamaría, con tino y discernimiento “la batalla del idioma”; siguen tres subcapítulos dedicados al estudio del “porvenir de la raza ibérica”, al congreso geográfico hispanoamericano-portugués y a las conferencias americanistas en el Ateneo de Madrid. Cierra el libro con una fina lectura de dos novelas memorables desde acercamientos teóricos y perspectivas poscoloniales: la *Sonata de estío* (de Valle-Inclán) y *La vuelta al mundo en la Numancia* (de Pérez Galdós).

Son muchos los acordes que Alda Blanco pulsa en su revelador estudio, y nueva es la melodía que logra. No es éste el lugar para trazar, ni siquiera en apretada síntesis, los perfiles de sus componentes, por lo que me limito a rememorar los principales:

De más está señalar que la cifra de libros, crónicas, artículos y libelos sobre la historia y las características del imperio es –desde que Colón firmara la primera carta a los Reyes Católicos en 1493 para informarles sobre su viaje– incalculable, o que el nuevo continente fue referencia obligada y primordial del imaginario europeo des-

⁴ En algunos casos estos textos aparecieron también en forma de libro; los de Pedro Antonio de Alarcón y los de Núñez de Arce son los más conocidos.

⁵ Por ejemplo, los de M. C. Lécuyer y Carlos Serrano (*La guerre d’Afrique et ses répercussions en Espagne*, 1976), Evaristo Ventosa y García Balaña, entre otros.

de finales⁶ del siglo XVI. Sin embargo, fueron pocos los políticos e intelectuales españoles que se percataron del hecho que la experiencia imperial había pasado a formar parte de la historia de la nación desde finales del siglo XVIII, cuando se puso a prueba la conciencia de nación tras los enfrentamientos con la Francia revolucionaria y la invasión de las tropas napoleónicas.

La identidad y conciencia imperial se sustancian en la sociedad española de la época a raíz de la guerra librada contra los ejércitos napoleónicos, por lo que en el imaginario político español de esta época también figuraban (aunque fuera de forma “provisional”) las colonias americanas que se independizaron en 1824. De ahí que el concepto de nación y el de conciencia nacional española salieran robustecidos de la guerra desatada por los acontecimientos de Bayona y la respuesta popular de mayo de 1808. A partir de entonces, el concepto de nación referido a España se escinde de la idea de patria, término que pasa a tener un significado preponderantemente local o de terruño o tierra natal.

Pese a ello, y en líneas generales, la narrativa histórica y la historiografía contemporáneas no han solido representar a la España del siglo XIX como nación con identidad imperial.

Sólo mediante el meticuloso estudio exocrítico (e.d., de las glosas y aclaraciones que enmarcan el texto, imprescindibles para la recta comprensión que lleva a la exégesis) y endocrítico (o sea, las explicaciones relativas al análisis del discurso) de los ingentes haberes y saberes de los archivos imperiales se puede llegar a interpretaciones de los inmensos archivos culturales de los imperios europeos del siglo XIX. Ello es así porque los imperios fueron también, como queda anotado, además de políticos y económicos, fenómenos culturales.

Por otro lado, quienes consideramos que las creaciones literarias memorables pueden brindar representaciones más abarcadoras y fidedignas del ser humano y de sus realidades que los tratados historiográficos, sabemos –o al menos presentimos– que las obras literarias canónicas pueden lograr representaciones privilegiadas de los personajes. Creemos saberlo porque estamos convencidos de que dichas figuraciones reflejan de forma auténtica y verídica las vivencias, los traumas y los comportamientos de los personajes. Convicción que queda confirmada en los análisis de las dos obras elegidas de Pérez Galdós y Valle-Inclán al hilo de respuestas precisas a interrogantes sumamente complejos. En la *Sonata de estío*, un anacrónico y añoso marqués rememora sus andanzas mejicanas cual “aventurero de otros tiempos”: había viajado a Méjico movido por un “impulso romántico” y animado por el deseo de contemplar los “restos de un mayorazgo”, del que había sabido por los mal conservados “legajos de un pleito”. Dice bien Alda Blanco cuando subraya que Bradomín no era ni explorador ni naturalista, y tampoco inversor o curioso impertinente. Era un simple aventurero que se amparaba en antiguos vínculos con un país lejano y un ruinoso patrimonio

⁶ Digo finales del siglo XVI porque, como han mostrado Bartolomé y Lucile Bennassar en su clásico ensayo (1492. *¿Un mundo nuevo?*, Madrid: Nerea 1992), el desembarco de Colón en tierras americanas no fue percibido en Europa como acontecimiento trascendental hasta casi un siglo después. El alcance del 12 de octubre de 1492 pasó desapercibido debido sobre todo a los conflictos políticos en la Europa de la época, al ascenso y a la presencia creciente de los Austrias y su poderío militar en Europa, a las escandalosas andanzas de algunos vástagos de la familia de los Borja y a las guerras religiosas.

heredado de un antepasado que había vivido la época colonial. Es en ese “escenario de la pérdida” que teoriza Chris Bongie⁷ donde conoce a la Niña Chole, “una belleza bronceada, exótica”, como corresponde a un imaginario imperial; un imaginario que Valle critica a doble banda: a) mediante la erotización de un exotismo que evoca “el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol”; y b) a través de la ridiculización de un “orgullosa y soberbio” conquistador descolocado que cree ver en la Niña Chole, sin percatarse de su deslumbramiento, a una “princesa azteca” prisionera de la memoria imperial del caduco marqués. Y por si fuera poco, se confunde, pues la figura obediente y sumisa del discurso exotista está en las antípodas de la Niña, que se revela, como muestra la autora en conseguida exégesis, “enigmática, narcisista, perversa, cruel, hipersexual, sádica y masoquista” (pág. 153).

La crónica galdosiana narra el viaje de Diego Ansúrez, excontra maestre del acorazado Numancia; el veterano marinero sigue la estela de su hija Mara, huida a América con su novio peruano. El padre contrariado sigue la ruta del buque de guerra, que, tras incorporarse a la Escuadra del Pacífico que patrullaba el ancho espacio entre Valparaíso y Lima, se convierte en el buque insignia de la batalla que zanja la desangelada guerra que España declaró a Chile y Perú. Los aspectos más reveladores de la novela son los propios de un discurso del neocolonialismo americanista desfasado, puesto que el discurso colonialista europeo había sido reemplazado por un americanismo que, a despecho de ciertas prácticas neocolonialistas de los Estados Unidos, reconocía en todas las repúblicas latinoamericanas por igual su independencia de España. El tropo de la familia queda plasmado en la reconciliación de Ansúrez con su hija y su yerno, y es ampliado con la incorporación de la otredad americana del mestizo, instaurando así una relación nueva mediante el motivo del carácter mestizo de las Américas independientes, que queda integrado en la gran familia española.

En verdad, un libro necesario, seminal y fundador, que responde a interrogantes capitales hasta ahora hartos desatendidos por la historiografía, la crítica literaria y otras disciplinas afines, entre las que figura la imagología, también tenida en cuenta por la estudiosa.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
UNIVERSIDAD DE BERNA

Rafael Bonilla Cerezo, José Ramón Trujillo y Begoña Rodríguez (eds.). *Novela corta y teatro en el Barroco español (1613 -1685). Studia in honorem Prof. Anthony Close*. Madrid. Sial Ediciones (Colección: Prosa Barroca). 2012. 211 páginas.

Este libro está constituido por el compendio de los trabajos presentados en el congreso celebrado en la Universidad de Córdoba entre el 29 y 30 de marzo del 2011, el cual supuso un hito para el proyecto de investigación *Novela corta del siglo XVII: estudio y edición*, coordinado por Rafael Bonilla Cerezo, pues reunió a algunos de los más prestigiosos estudiosos de la narrativa áurea. En efecto, estas actas nos presentan aportaciones de investigadores, procedentes tanto de universidades españolas como

⁷ Chris Bongie: *Exotic Memories: Literature, Colonialism and the Fin de Siècle*, Stanford: University Press, 1991.